

RAIMUNDO F. VILLAVERDE



En la política trama
 dióle á Bosch un arrechucho,
 por lo que alcanzó gran fama,
 pues como ministro es ducho;
 pero mucho.

Y en Galicia se acrecienta
 tanto su notoriedad,
 tan bien su poder se asienta,
 que un distrito representa;
 creemos que á perpetuidad.

NÚMERO SUELTO, 15 CÉNTIMOS





CARTA

Á D. ENRIQUE LABARTA (1)

Mi querido amigo: Dios le perdone todo el mal que me ha causado usted, como yo se lo perdono de todo corazón.

¡Me ha partido V. por el eje, amigo mío!

Sin querer, bien lo sé; pero el caso es que me ha partido, metafóricamente hablando.

¡Mal haya la infausta hora en que á V. se le ocurrió publicar mi retrato en su Revista, y mil veces maldito el fatal momento en que, por una debilidad de mi carácter, he consentido en que se me diera á luz nuevamente!

La proposición de V. era tentadora, (¡sirena!); y halagado mi amor propio con ella, no reflexioné en los disgustos que podría acarrearle aceptándola.

Yo no ví más que satisfacciones íntimas, recreaciones del espíritu y alegrías del corazón en lo que hoy sirve solo para desazonarme y ha-

cerme pensar con cierto cariño en el suicidio...

¡Oh! ¡Con cuánto anhelo esperaba verme fotografiado en el *EXTRACTO*, y ser en él objeto de todas las miradas femeniles! ¡Qué recóndito gozo experimentaba cuando presumía yó el efecto que mí semblante produciría en las lectoras de su Revista, que, dicho sea de paso, deben ser todas bonitísimas!...

—¿Quién será este chico tan simpático?—diría una antes de leer mi nombre.—¡Qué caída de ojos más dulce é inspirada tiene!

—A *éste* le he visto yo en alguna parte;—exclamaría otra, alejando el papel de los ojos para encontrar mejor el parecido—me parece que fué en Corcubión.

—Mamá;—diría una tercera—¿no tiene parecido *éste* con Fernández, aquel viajante guapo de la casa de Hervada?

Y así por este tenor adivinaba yo

(1) No hemos recibido—y no sabemos la causa—la revista semanal correspondiente al presente número. En su lugar publicamos este artículo. †

el efecto que haría mi retrato, bien ageno, por cierto, á lo que después me iba á suceder.

Me explicaré.

Ya sabe V., Labarta amigo, que á mí, por un fenómeno de esos que se escapan á la observación de los más sábios, me gustan más las mujeres que los hombres.

Es un defecto de organización, pero... ¡qué le he de hacer!...

Pues bien; un dia encontré á una jóven, huérfana de padre y muy rica y hermosa, que, en compañía de su madre, vivía, y vive actualmente en el pueblo de X.

Nos miramos; pude hablarla; la dije que la quería, y con buen fin, ademas; la llamé lucero, rosa, joya, sílfide y todas las demás tonterías que se suelen decir en los momentos de *autos*: la niña se emocionó, (¡ya lo creo; no faltaba más!) y me contestó que *no* con la boca, y que *sí* con los ojos; en fin, que sobre el terreno quedó la cuestión zanjada, y la boda á la vuelta.

Yo, loco de contento al pensar en el hallazgo que había tenido y en el porvenir que me sonreía dejándome entrever dos hileras de veinte mil duros cada una, llegué á mi casa, no pude cenar, y dormir me costó su trabajo.

Por supuesto, que soñé que me hallaba en la Sucursal del Banco de España de Z, haciendo unas respetables imposiciones, y que al despertar sufrí la gran decepción al convencerme de que solo tenía en mi bolsillo unas siete pesetas.

Pasaron así los dias, y mi asunto, ó negocio si V. quiere, marchaba viento en popa.

Cuando hé aquí que una mano criminal lleva á la morada de venturas, al nido de felicidad de mi futura, el número del *EXTRACTO* que publicó sin *vera esfigie*.

Al principio, madre é hija se desbordaron en alabanzas al original, á la copia y al artista que la había dibujado; pero así que terminó la *suegra* de leer la semblanza que usted puso al pié, ¡María Santísima, lo que allí se armó! ¡Trafalgar y Roncesvalles, son un mito comparados con aquéllo!

Lo primerito que me dijo la mamá de mi novia fué que hiciera el favor de tomar el *olivo*, y no volviera á poner piés en aquella casa.

Y después nos endilgó á su hija y á mí el siguiente monólogo:

—Desde hoy, Linita, se acabaron esas relaciones... ¡Vaya un cómico!... ¡Y cómo engañaba con su sonrisa de candor, sus palabritas saturadas de dulzura y su cara de jóven honesto é inocente!... ¡Ahí es nada montar en bicicleta!... ¡Ya sé yo, ya, lo que dá de sí eso!... Quién monta en máquinas de tal clase, monta cualquiera otra cosa, y un dia hay un disgusto en casa... Además, tira el sable... ¡Sabe Dios lo que tirará è!... Esas aficiones son peligrosas y muy dadas á grandes males... ¡Eso si no quiere decir que dá *sablazos*!...

—Pero, mamá—se atrevió á decir Lina;—¡si no se batió nunca!

—No, hija, no; lo que se quiere decir con eso es que dá *sablazos* de á dos pesetas en los bolsillos agenos!... Jesús, con quien te ibas á ligar, hija de mi alma... Podría pasársele lo de Poeta y escritor, pero *sablista*!...

—Señora—exclamé yo no pudiendo contenerme—crea V. que el amigo Labarta no quiso expresar todo cuanto V. está suponiendo.

Yo no puedo sufrir un minuto más tanta grosería como lleva V. pronunciada en mi desdoro, y me marchó de esta casa para no volver á ella hasta que su conciencia de usted, por virtud de los remordimien-

tos que tanta injusticia hagan presa en ella, me mande buscar para pedirme mil perdones. ¡Sepa V. señora que soy de Caldas, y en aquel pueblo conservamos todos sus habitantes la honrosa altivez de doña Urraca, que allí vivió, cuando vivía!...

Pero amigo mío, ni mi justa indignación, ni el pinito histórico del final hicieron mella en aquella masa de suegra, y tuve que echarme á la calle dejandp en aquel recinto todas mis más dorados ilusiones.

Ya vé V., pues, que, inconscientemente, fué causa de que se me escapara una proporción. Y de éstas sabe Dios cuando volverá otra.

¿Por qué no había de decir usted, aunque fuese en una llamada, que el sable que yo tiro es el auténtico, el verdadero, como quien dice, el de la propia tia Javiera?

¿Qué hago ahora?

Déme V. una idea, ó se mata de hastío y de disgusto su afectísimo amigo y compañero,

Adolfo Mosquera

LOS PECADOS CAPITALES

VI.—Á UN ENVIDIOSO

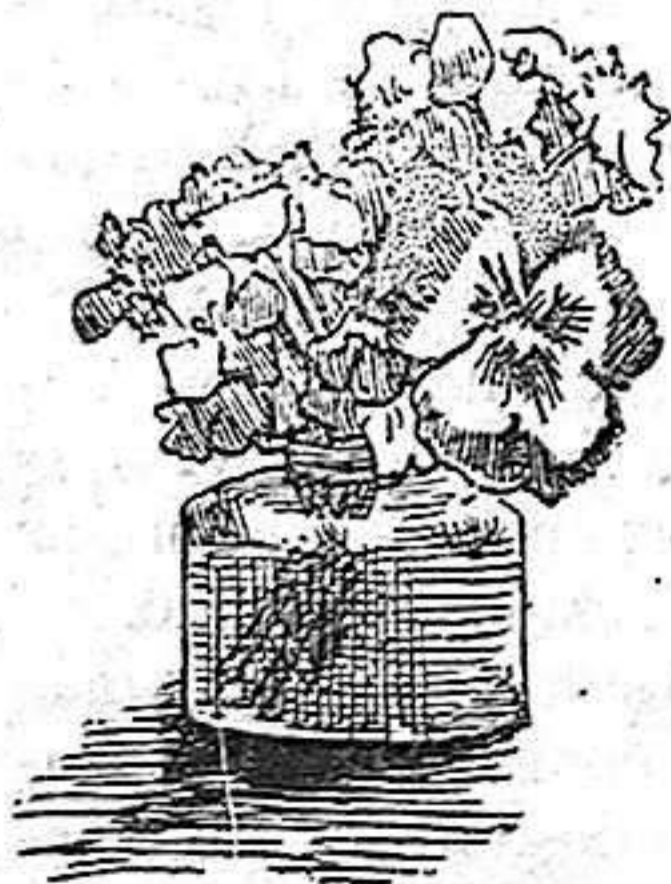
SONETO

En un lago de cieno corrompido
y afilando tu lengua emponzoñada
para herir la virtud acisolada,
estás constantemente sumergido.

Tu propio amor, que tu alma ha corroído,
no permite jamás ver ensalzada
de otro hombre la honradez, pues mancillada
será por tu pecado desmedido.

Envidias, si eres pobre, al opulento;
si eres rico, la calma del mendigo;
siendo ignorante envidias el talento.

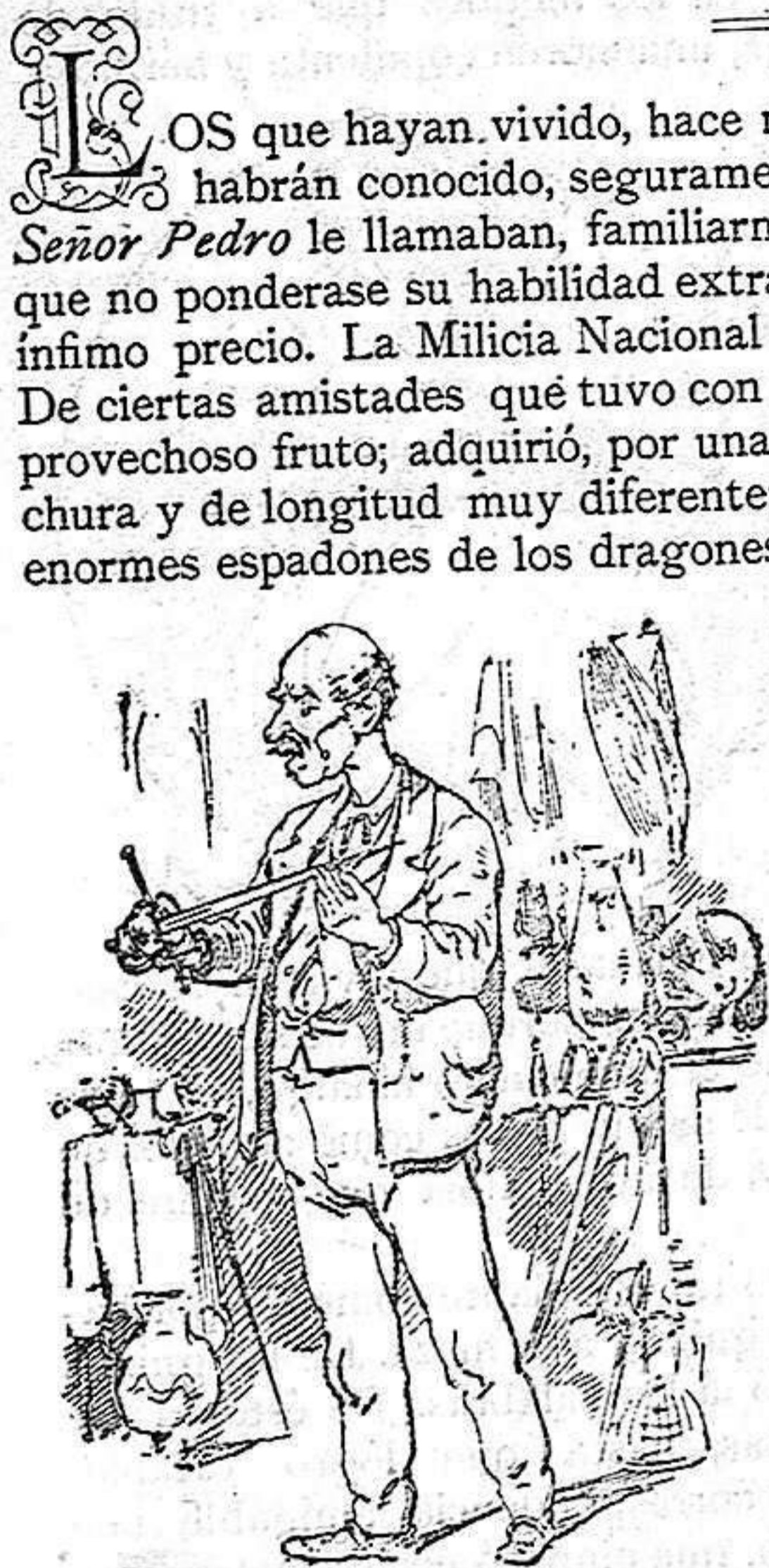
Te juro no tendrás un solo amigo
á quien escuches cariñoso acento:
todos dirán al verte: ¡te maldigo!



Manuel José Albarrán

LA ESPADA DE OUPONT

DIBUJOS DE CILLA



LOS que hayan vivido, hace muchos años, en la calle de Tudescos, habrán conocido, seguramente, al famoso prendero Perico López. Señor Pedro le llamaban, familiarmente, en el barrio, y no había nadie que no ponderase su habilidad extraña para vender caro lo que adquiría á infimo precio. La Milicia Nacional le proporcionó abundantes ingresos. De ciertas amistades que tuvo con algunos aventureros políticos, alcanzó provechoso fruto; adquirió, por una *futesa*, sables enormes de diversa hechura y de longitud muy diferente; tanto, que los había parecidos á los enormes espadones de los dragones franceses, y otros, eran tan cortos de dimensiones, que semejaban casi navajas de Albacete con empuñadura. En la tienda del señor Pedro apenas quedaron sables ni espadas aunque estuvieran mohosas las unas y estropeados ó inútiles los otros. Los oficiales de las tropas, improvisadas por el entusiasmo revolucionario, buscaron en la prendería del señor Pedro el arsenal en que podían proveerse de las armas necesarias á «la causa de la libertad patria», como entonces se decía.

Había, en la tienda de López, un verdadero bazar de objetos extraños: molduras de marfil japonesas; abanicos de la época de Luis XV con varillas de nácar, que eran un primor de dibujo y filigrana; juegos de ajedrez tallados; relojes que daban las horas y hasta los segundos con música; bastones de mando; pistolas de chispa; espingardas marroquíes; corazas de la guerra de la Independencia; figurillas caprichosas de porcelana vestidas de blanco, con salpicaduras deslumbrantes de oro; pulseras de plata oxidada; cadenas de reloj extravagantes; sortijas inverosímiles; cuadros pintados sobre placas de zinc ó de hierro; dagas toledanas con empuñaduras roídas por el moho, pero que parecían de encaje por su labor sutil y delicada; bronces raros; molduras y hasta rodela; bajo relieves; platos con tintas de oro rojo y deslumbrador, y otros mil objetos, dignos de la pluma con que escribió Balzac las primeras páginas inolvidables de su *Piel de Zapa*.

Todo esto lo tenía en mucha estima el señor Pedro, y cuando asomaba su extraña cabeza calva, salpicada de canas, al escaparate de su tienda y sus ojos grises, del color del agua mezclada con el jabón, miraban complacientes aquel museo microscópico de arqueología casual—en el que

había mucho de contingente—y su larga nariz parecía olfatear los recuerdos que evocaban aquellas cosas y se le encrespaba el bigote cano, y como que se le enrojecía la pálida amarillenta faz, nadie en el barrio dejaba de considerar un mortal dichoso al héroe de nuestra breve historia.

Pero lo que más amaba en el mundo—después del *agua fuerte* que usaba de continuo para evitar fraudes en los metales que á título de preciosos le vendían—era á Sara, su hija, una morena opulenta y hermosa, de lábios como fresas, encendidos y rojos, nariz aguileña, fina y abierta, como se suele ver en las caras seductoras de las *huertanas* de Murcia, ojos negros y relampagueantes, como nube de tormenta en estío, frescas mejillas, seno robusto y amplio, voz alegre, maneras desparpajadas, sin pasar los límites de la honestidad, y costumbres tan inocentes como regocijadas.

La casualidad, que tantas cosas arregla y desarregla en el mundo, quiso que Sara—á quien tenían por mujer nada religiosa y como tocada de *judía*, por su nombre, los vecinos—conociera á un mozalbete estudiante de Farmacia, que vivía en la casa frontera á la suya y comía peor que D. Quijote, porque no se sustentaba jamás con palominos, por añadidura, como el manchego hidalgo, y ya se daba por contento cuando su patrona no le servía platos como aquellos de que habla Quevedo en su *Gran Tacaño*, de agua tibia que sirviera de estanque á insustanciales piltrafas.



El tal estudiante comenzó por hacer guiños á la moza. De los guiños paso á las palabras. De éstas á las cartas, hasta que logró establecer correspondencia amigable con Sara, que empezó en coqueteo inocente y acabó por pasión, de puro encendida, casi rabiosa.

Tan vehemente llegó á ser para la chica y para el aspirante á confectionador de píldoras.

Por aquel tiempo hizo el señor Pedro un prolegómeno de contrato: adquirió, en principio, pero sin comprometerse de modo definitivo, una espada que le dijeron que era, por muchos títulos, una adquisición de mérito imponderable.

Se trataba nada menos que de la

espada que entregò Dupont en Bailén al general Castaños, en aquella ocasión en que el bravo, aunque vencido general francés, dijo al caudillo español:

—Le entrego una espada vencedora en cien batallas.

A lo que el general español contestó con modestia sublime:

—Pues yo, esta es la primer batalla que gano.

El señor Pedro dudaba que una espada tal se le ofreciese por un poseedor legítimo á precio que no le parecía á él, con ser tan avaro, muy excesivo.

La quiso tener en su poder unos dias, porque tenía barruntos de que fuera acaso legítima, para examinarla, consultar á peritos de su confianza, averiguar si era auténtica por los medios á su alcance, y ofrecerla á cambio de la remuneración consiguiente, que él consideraba pródiga de antemano, al Estado.

Aquella espada, como el sable famoso de Paturot, «era el dia más famoso de su vida.»

El heroísmo, á él, comerciante para quien nada valían los recuerdos, era cosa de poca monta; lo que á él le importaban eran, hablando propiamente en plata, les «cuartos.»

Puso la espada junto á la cabecera de su cama y se durmió. Apenas había cerrado los ojos comenzó á soñar, á soñar con la espada de Dupont. No vió, ni por casualidad, en sueños la trágica batalla de Bailén, ni á nuestros soldados ennegrecidos por la pólvora, ni la sangre allí vertida, como lo ha visto, há poco, Sellés, con inspiración acaso no comprendida; ni el humo y los fogonazos de los cañones. Lo que veía eran las monedas apiladas en montones que esperaba lograr á cambio de aquella «joya histórica.»

Y soñando, soñando, oyó ruido muy cerca de él. El ruido le alarmó. Alzóse como un sonámbulo, echó mano á «la espada de Dupont», más como avaro que como héroe, y se lanzó fuera de su alcoba.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! gritó con voz ronca y esgrimiendo la espada que él creía del general Dupont. Cuando despertó de su sueño se encontró delante de su hija, muerta por él y por la espada del general francés, mientras el estudiante de



Farmacacia pedía á voces socorro, herido en la cabeza de una tremenda cuchillada.

El *señor Pedro* acabó sus días en un manicomio, y «la espada de Dupont» fué convertida por un mercader de hierro viejo en un asador de cocina.

Así acaban muchas ilusiones de los hombres perseverantes, de voluntad entera como la del *señor Pedro*, en este mundo percedero: en tragedia horrenda, con epílogo de sainete.

José Miralles y Gonzalez

(Prohibida la reproducción.)

8 Junio 1893.

¿QUÉ TIENES?



¿Cómo estás sin alegría?
¡Oh! ¿qué mal te torna triste?
¿Por flores no fuí á la umbría
por que flores me pediste,
Lisi mia?

¿Cómo estás sin alegría
y te agobian los pesares?
Por qué tu alma los quería
¿no te compuse cantares,
Li-i mia?

¿Cómo estás sin alegría
y te matan los dolores?
Al ver tu melancolía
¿no te ofrecí mis amores,
Lisi mia?

¿Cómo estás sin alegría
y tu llanto cae ardiente?
Por probar que té quería
¿no te he besado en la frente,
Lisi mia?

¡Ah! ya acierto la agonía
que te causa esos desvelos...
¿Tienes celos?.. ¡Oh! en mi fía:
Te adoro, no tengas celos,
Lisi mia!..

Miralles y Gonzalez

EL CIEGO

EN el mes de Septiembre de 188... el Sr. Nay, antiguo profesor de música en Tolouse, se instaló en Menton con su hijo Enrique.

Alquiló en el barrio más apartado y en una de las calles extremas, una casita cuyas ventanas daban al camino que descende de la montaña. La calma que reina en esa parte de la villa y el aire puro y embalsamado que se respira allí, determinaron su resolución.

Enrique Nay era ciego. A la edad de 15 años, su vista, hasta entonces excelente, empezó á debilitarse de un modo gradual. Una nube cada vez más espesa, empañaba sus ojos. Pronto le fué imposible descifrar la música nueva. Por último, la noche invadió sus pupilas dejándolas fijas, insensibles. Cerró los párpados, dos lágrimas rodaron por sus mejillas... ¡y eso fué todo!

El padre cogió de la mano al desdichado Enrique que era un notable violinista, y partió en busca de un médico que le curara. Todos los especialistas célebres fueron consultados y todos con perfecta unanimidad de pareceres declararon que la operación que había de hacerse, á la vez que muy dolorosa, ofrecía sérios peligros.

El Sr. Nay, asustado é indeciso por estos augurios no se atrevió á resolver. Pero como le dijeran luego que el demorar por más ó menos tiempo la cura, no era perjudicial para el éxito de la operación, decidióse por esto último y emprendió una série de viajes que agradaban mucho á Enrique, el cual se sentía arrastrado por esa infatigable actividad de los ciegos que quieren cambiar incesantemente de sitio.

Así transcurrieron cinco años, al cabo de los cuales llegaron á Menton donde debían pasar una temporada.

Vivieron allí, como en todas partes, retirados del bullicio y saliendo únicamente por las noches á dar largos paseos. Las mañanas estaban consagradas á la lectura en alta voz, y las tardes á la música. El antiguo profesor acompañaba al piano las improvisaciones de su hijo y éste gozaba lo indecible al hacer volar su arco sobre las cuerdas arrancando de ellas sonidos armoniosos, y, al ejecutar, extasiado, melancólicas romanzas en cuyas pausadas notas palpitaba el sentimiento de su perdida felicidad.

Por la noche apoyábase Enrique en el brazo de su padre y ambos se dirigían á la playa. Allí se sentaba y permanecía largo rato inmóvil, concentrando toda su atención en los infinitos ruidos de las olas buscando en ellos los innumerables acordes que componen la monótona armonía del mar.

Una vez se dirigieron á los bosques vecinos por el camino paralelo a la casa en que vivían. Al cabo de quince ó veinte minutos de marcha, Enrique se detuvo. En aquel momento acababan de interrumpir el solemne silencio de la noche los acordes de un piano. El invisible músico empezó á tocar con singular maestría la romanza de la Estrella de *Tannhauser*.

Cuando se perdió el eco de la última nota, Enrique, que había permanecido inmóvil, apoyado en el brazo de su padre, preguntó:

—¿Quieres que nos detengamos por si tocan algo más?

—Con mucho gusto.

A la romanza, siguió, por un raro capricho del artista, un wals de Chopin, tocado con febril apresuramiento, como si el ejecutante temiera que le iba á faltar tiempo para acabarlo. Después del wals, un nocturno del mismo autor... Luego silencio absoluto, obscuridad completa.

—Es un verdadero artista—exclamó el Sr. Nay arrastrando suavemente á su hijo.

Y éste murmuró con voz apenas perceptible:

—Es una mujer.

Con la sagacidad del ciego, cuyo oído tiene deliciosas delicadezas, había reconocido á la mujer en la fina ejecución, en la dulce sonoridad de las vibraciones. Y hasta advirtió que esa mujer sufría en las transiciones bruscas de lo alegre á lo triste, en la elección de obras y en otros muchos pormenores que, aunque insignificantes, no podían pasar desapercibidos para un espíritu tan privilegiado como el de Enrique.

Al día siguiente, preguntando á la mujer que les servía, pudo saber que la casa de campo situada en el camino del bosque hallábase habitada por un *señoron de París* que la había comprado y por su hija Magdalena, *una pobre señorita que estaba muy delicada de salud*.

Aquella noche Enrique tuvo el capricho de sacar su violin por si se le ocurría, según dijo alegremente, dar una serenata á las estrellas.

El Sr. Nay llevó á su hijo á la playa. Al mismo sitio fueron las dos noches siguientes. Al tercer día le costó trabajo reprimir una sonrisa de satisfacción al oír que su padre exclamaba:

—Hoy cambiaremos de paseo. Iremos al bosque si te parece.

—Como tú quieras.

Cuando estuvieron cerca de la casa de campo, paráronse á escuchar la *Elegia de Erust* tocada admirablemente por Magdalena; y Enrique que llevaba su violin bajo el brazo, se apresuró á arrancar de las bien temidas cuerdas sonidos armoniosos que eran el eco dulcísimo de la melodía que brotaba del piano.

Esta fué interrumpida bruscamente. La jóven, sorprendida y ruborizada por el espionaje de que era objeto, cerró la ventana y no tocó más. Levantando los visillos, miró poco después al parque, pero la obscuridad era tan profunda que nada pudo ver.

Enrique regresó á su casa sumamente contrariado por el mal efecto que su atrevimiento causó á Magdalena.

Tres noches seguidas volvió al parque, y con inspiradas improvisaciones procuró dar á entender á la desconocida artista la pena que le embargaba. Pero el piano continuaba mudo y la angústia del ciego iba convirtiéndose en desesperación.

—La he ofendido—exclamó un día con abatimiento;—esta noche iré, por última vez; después suplicaré á mi padre que nos marchemos de aquí.

A la hora de costumbre llegó frente á la solitaria casita apoyándose en el brazo del Sr. Nay, que no veía en todo aquello más que un capricho poético. Al instante preludió y comenzó á tocar la *melodía de Erust*. Las notas sonoras y lastimeras del violin, interrumpiendo el silencio de la naturaleza, dormida, producían un efecto maravilloso. De repente el músico se estremeció y el arco casi se escapó de su diestra. Otros acordes

fueron á unirse á los del instrumento que Enrique manejaba. Magdalena acompañaba al piano la Elegía.

¡Qué hermoso duo! Sin la intervención del Sr. Nay se hubiera prolongado hasta el amanecer.

Regresó el jòven á su casa más silencioso y grave que de costumbre. Al dar á su padre las buenas noches, dijo con voz triste:

—Oye, papá.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Nada... nada, mañana te lo diré.

Pareció animarse al pronunciar estas últimas palabras. Se acostó y no pudo dormir. Entretúvose en pensar en Magdalena, y para formar una idea de sus facciones evocó el recuerdo de todas las mujeres jóvenes y bonitas que había visto en los últimos años de su infancia y en los comienzos de su juventud. Tan pronto la veía rubia y tímida, como morena y graciosa. La idea de que no fuera bella no pasó por su imaginación.

Al siguiente día abrazó á su padre con el cariño de siempre y dijo con acento firme:

—Papá, creo que no debemos retardar más mi cura.

El Sr. Nay se quedó muy pálido y contestó:

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, y mi determinación es irrevocable. Mi edad me permite ya sufrir con valor la operación que hayan de hacerme, por dolorosa que ésta sea. Estoy firmemente decidido.

El Sr. Nay no se sintió con fuerzas para resistir al deseo de su Enrique y llamó por telégrafo al célebre oculista Doctor Desmanes que llegó á Menton 48 horas después.

—¿Cuándo podré ver?—preguntó Enrique al médico tan pronto como éste entró en la casa.

—Durante ocho días—respondió el sábio—permanecerá V. encerrado en una habitación oscura y en el más absoluto reposo; luego...

—Luego veré á Magdalena—pensó Enrique sin fijarse en las últimas palabras del Doctor.

Aquella noche y la siguiente, Magdalena esperó en vano, la llegada del violinista. Al tercer día se entristeció mucho. La fatiga que sentía en el pecho iba aumentando y tuvo presentimientos horribles.

¿En dónde estaría el desconocido que tanto se había identificado con ella por medio del lenguaje musical? ¿Se acordaría de ella con la deliciosa angustia con que ella se acordaba de él?

Todas las noches tocaba en el piano su melodía favorita y aguardaba inutilmente... Después asomábase á la ventana y escuchaba, mirando á todos lados.

Una noche permaneció allí durante mucho tiempo á pesar del viento frío y de la humedad. Tuvo que retirarse cuando observó que su cuerpo temblaba y estaba abrasado por intensa fiebre.

Pocos días después, Enrique encerra-lo aún en su cuarto esperaba con ansiedad grandísima la visita del médico que había hecho ya la operación dolorosa y que debía llegar de un momento á otro para saber el resultado definitivo. Y fué éste altamente satisfactorio. Cuando levantó las cortinas de la ventana y la luz entró gradualmente en la habitación, Enrique dió

un grito de inmensa alegría. Cerró los ojos, volvió á abrirlos y se abrazó á su padre que lloraba. Enseguida asomóse á la ventana y buscó con la vista el camino del bosque, á la vez que se sentía dominado por la halagadora idea de ver á Magdalena pronto, muy pronto.

En dirección al pueblo, avanzaba lentamente un cortejo fúnebre... Primero el cura con sobrepelliz; después un acólito con la cruz en alto; luego varios niños, un ataúd cubierto con un paño blanco, algunas jóvenes del país con trages del mismo color y cirios encendidos y gran número de hombres y mujeres graves, silenciosos...

Enrique tuvo un horrible presentimiento!

—Doctor — exclamó — ¿ese es el entierro de una jóven?

—Sí — respondió el médico — de una encantadora y desdichada jóven arrebatada al cariño de su padre por la tisis. La pobre niña, según dicen, murió delante de su piano tocando la célebre *Elegía de Erust...* Creo que se llamaba...

—¡Magdalena! — interrumpió el violinista con voz temblorosa.

—¿La conocías? — preguntó el Sr. Nay vivamente sorprendido.

Y Enrique murmuró, haciendo grandes esfuerzos para no llorar:

—No... ¡pero la amaba!

Paul Manuel

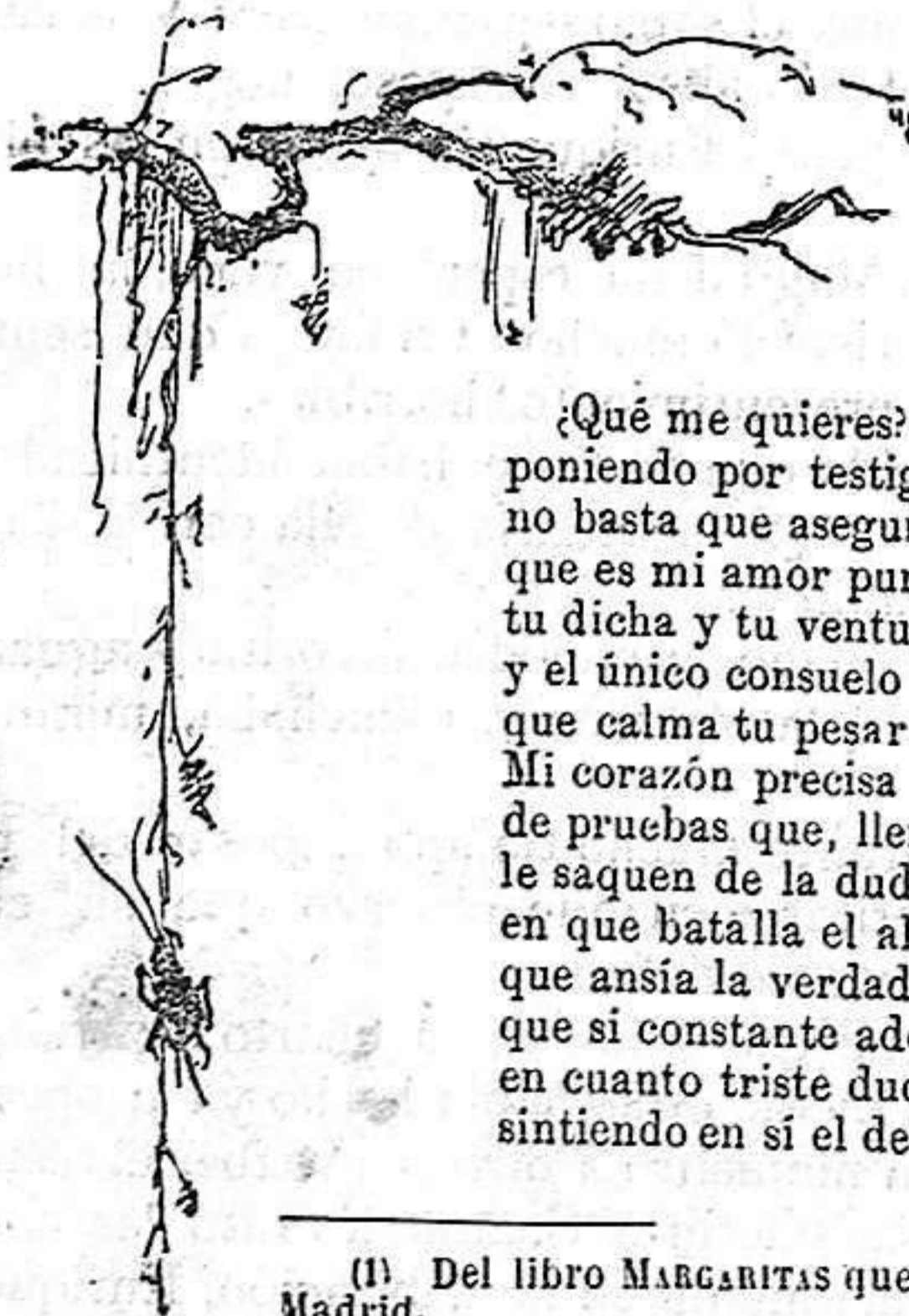
1. de Junio 93

(Prohibida la reproducción)

—  —

N A D A ⁽¹⁾

—



¿Qué me quieres?... Lo dudó aunque lo jures
poniendo por testigo al Dios del cielo;
no basta que asegures
que es mi amor puro tu constante anhelo,
tu dicha y tu ventura,
y el único consuelo
que calma tu pesar y tu amargura.
Mi corazón precisa
de pruebas que, llenándole de calma,
le saquen de la duda
en que batalla el alma,
que ansía la verdad, limpia y desnuda
que si constante adora,
en cuanto triste duda, triste llora,
sintiendo en sí el delirio,

(1) Del libro *MARGARITAS* que uno de estos días se pondrá á la venta en Madrid.

que produce la pena y el martirio.

¿Que repase las pruebas que en los días
venturosos me has dado?

Voy á empezar: ahí van las dudas mías,
y á ver si mi dudar no es razonado.

Principio: Tu cabello
cortado de la negra cabellera
que ondula hasta tu cuello.

¡Linda prueba primera!

¿No cayó sin dolor por la tijera?

Después... un pensamiento
que un tiempo adorno fué de tu ventana.

¡Flores que lleva el viento,
imagen solo de la dicha humana!

¿Qué sigue?... Aquella carta
que me diste una noche en un paseo,
y en la que me haces ver la ilusión bella
de que soy tu deseo,

tu esperanza, tu luz, tu amor, tu estrella.

¡Palabras y palabras! ¿Quién me dice
que son dulces verdades? ..

Sigue después el ramo que deshice
besando onamorado,
dos cintas muy hermosas
y el lazo colorado
con que prendiste purpurinas rosas...

Allí... tu lindo cromo, aquel que un día;
me diste de recuerdo,
que escrita trae detrás la poesía
en que demuestra que al amor no hay va la,
más lejos la medalla

que prendiste á mi pecho enamorado,
que tanto yo he besado.

y que me dice ahora
con un *mdo* lamento

que tu amor es quimera y fingimiento.

Siguen después un cúmulo de cartas,
de flores y de lazos;

y allá, y en un ricón de la cajita,

se encuentra solitaria

la hermosa margarita

que llevaste una noche á la plegaria.

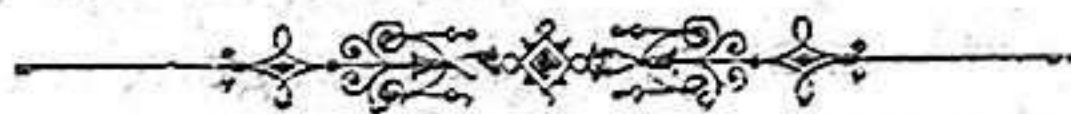
Esto es todo, y ya ves que todo ello,
no me dice que estés enamorada.

Tus flores, tu medalla y tu cabello..

¿qué me demuestran?... ¡Nada!



Gerardo Alvarez
Giménez





Encargado accidentalmente de la Dirección y Administración de esta Revista D. Torcuato Ulloa, se ruega á los suscriptores, colaboradores y corresponsales que á él dirijan la correspondencia literaria y la administrativa.

—o—

Habrán ustedes notado que el último número de el *EXTRACTO* se dió con la más precisa puntualidad.

Pero ¡ay! que no ha faltado quien pagase los vidrios rotos.

Nuestro colaborador Juan Neira Cancela ha sido la víctima.

Con las prisas y con los apuros en el ajuste, su composición salió hecha una lástima, pues bastó el cambio de las dos primeras líneas que aparecieron indebidamente al comienzo de la segunda columna, para que aquello se convirtiese en un rompe-cabezas.

Perdónenos Neira Cancela y los lectores como nosotros perdonamos... á nuestros cajistas.

—o—

En *El Imparcial* leo este anuncio:

«Una señora desea colocarse con una persona sola ó sacerdote»

De manera que un sacerdote no es una persona sola.

Pero en fin, dejemos esta duda horrible y contestemos á la proposición.

¿Y es rica, guapa, elegante, pudorosa y recatada, en amar apasionada y en el querer muy constante?

Pues si el anuncio no es *bola* yo, sin temor de ser bolo, me ofrezco, soltero y solo, para esa señora sola.

—o—

Los entusiastas regionalistas de Santiago han enviado un telegrama de adhesión á sus compañeros de Navarra.

El telegrama lo firman: «Brañas, Tarrío, Cabeza, Romero, Castiñeira, Pedreira, Pereiro, Cacheiro.»

Vamos, que el telegrama no puede ser más regionalista.

Porque lo firma Pereiro, y también firma Pedreira; lo mismo que Castiñeira é igualmente que Cacheiro.

—o—

No bajan los cambios, ni sube la Bolsa, ni ocurre en nuestro país nada lisongero, pero, en cambio, progresamos en el secuestro, en el

robo, en el timo y demás artes... liberales.

Hace días que en una estación de ferrocarril (por ahí había de ser) le han robado 1.000 pesetas al señor Barroso, Director General de Penales. Y á la verdad,

Si roban á un Director,
y Director de Penales,
¡vaya un porvenir—¡horror!—
que nos espera, Señor,
al resto de los mortales!

En las columnas de un periódico leo este título:

«60.000 hambrientos.»

Como quien dice:

Una huelga universal de mandíbulas.

Un notable literato á quien he encontrado ayer me dijo:—«He llevado un golpe y me he destrozado un pié»

Y le repliqué inocente sin fijarme en la sandéz:

—Mucho lo siento. Y ahora ¿cómo vá á escribir usted?

Los periódicos regionales son tan bondadosos que todos, al publicar el sumario de esta revista, dedican al EXTRACTO palabras muy lisonjeras.

Sus piropos nos ruborizan, hieren nuestra natural modestia, pero ¡ay! nos saben á gloria y los agradecemos de todo corazón.

Estamos ya cansados y aburridos de gritos, discusiones y ruidos. Y nos hallamos todos empachados con reformas, colegios y abogados.

¿Y no es verdad que falta la paciencia para aguantar la lata de la Audiencia?

CANTARES

Yo no sé madre que tengo.
Cuando le veo agonizo.
Y muero si no le veo.

Quando te cojo una mano
y dudo de si me adoras,
estoy como en el infierno
cogiendo un cacho de gloria.

Quieres que nadie lo sepa
y á cuerpo gentil paseas
á la tarde en la alameda.

F

SUMARIO

Texto.—Raimundo F. Villaverde.—*Carta á D. Enrique Labarta*, por Adolfo Mosquera.—*Los pecados capitales*, por Marcelino Sors Martínez.—*La espada de Dupont*, por José Miralles y González.—*¿Qué tienes?*, por Renato Ulloa.—*El ciego*, por Paul Manuel.—*Nada*, por Gerardo Alvarez Limeses.—*Gránulos*.—Anuncios.

Grabados.—Retrato de D. Raimundo Villaverde, de fotografía directa.—Dibujos de Cilla.

CONTRIBUCION INDUSTRIAL

Y DE COMERCIO. Reglamento y Tarifas de abril último. Libro indispensable á todo contribuyente. Madrid 1'50 pesetas. Provincias, 2.

MANUAL PARA EL USO DEL TIMBRE, según la nueva ley, 50 cént. Obra utilísima para funcionarios, industriales y particulares. Arco de Santa Maria, 4, imprenta.

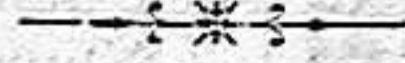
PONRTEVEDA.—IMP. DE A. LANDIN

ANUNCIOS

EXTRACTO DE LITERATURA

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO

— ESCRITO POR VARIOS GALLEGOS DE BUEN HUMOR —



DIRECTOR-PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR

ENRIQUE LABARTA POSE

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
" " semestre,
3'50 idem.
" " año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
" " año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

Toda la correspondencia tanto literaria como administrativa, dirijase á
D. **Enrique Labarta**, FERIA 38—PONTEVEDRA.

ENRIQUE LABARTA

UN CAFÉ FLAMENCO EN GALICIA

A MI ALDEA

Sátira de costumbres contemporáneas

(POESÍAS PREMIADAS)

Se halla de venta este libro al precio de **50 céntimo** en casa del au-
tor, feria 38, Pontevedra.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS

POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, FERIA 38—Pontevedra.